

AUGUSTO.—¡Tú eres el que piensas mal!

LEOPOLDO.—¡No tanto como tú!

DIEGO.—Vamos, vamos...

LEOPOLDO.—¡Y como añadas una palabra, te estrangulo!

AUGUSTO.—¿Tú a mí?... ¡Mequetrefe!...

ESCENA XII

DICHOS; ANGELA, seguida de DON INOCENCIO, por la derecha.

ANGELA.—(*Que oyó y se detuvo horrorizada.*)—¿Sois vosotros?... ¿Vosotros, hijos míos, quienes sentís codicias de plebeyos y os expresáis con palabras de rufianes?... ¿Sois vosotros, hijos míos?... ¿Qué viento de tempestad ruge por nuestra casa?...

CLARA.—El tío Sebastián ha muerto...

DIEGO.—Ese es el detalle. Lo esencial es que la herencia pasa a otras manos.

ANGELA.—¿Y por tan poco os decís tantas injurias?... ¿Qué necesidad tenemos de unos ochavos más?...

AUGUSTO.—Madre, tú no sabes...

DIEGO.—(*Deteniéndole.*)—Calla; no es momento.

ANGELA.—¡Y os veo airados y enemigos y en cólera, precisamente cuando os traigo la buena nueva!

LEOPOLDO.—¿Un testamento posterior?...

ANGELA.—Es más aún que dinero. Es la voluntad de Dios, honrando siempre en la tierra a la raza de Azaral. ¡La Raza, que no perece, porque el cielo la ampara visiblemente, y hoy ha tocado en el corazón de Constanza, iluminándolo, y la sangre no se mezclará, corriendo pura y limpia por nuestros blasones!

AUGUSTO.—¡Madre!...

LEOPOLDO.—¿Abuela?...

CLARA.—(*A Diego.*)—¿Qué dices?

ANGELA.—(*Gozosa.*)—¿Aún no comprendéis?... Dígales usted que es verdad, don Inocencio.

DON INOCENCIO.—Verdad es. Del cielo baja esa luz.

AUGUSTO.—¿Pero el qué?... ¡Concluyel!...

ANGELA.—(*Gozosa.*)—¡Que yo la he convencido, que Constanza no se casará con Ismael!

CLARA.—¡Abuela!

LEOPOLDO.—¡Abuela!

(*A tiempo, yendo a ella.*)

AUGUSTO.—¿Qué has hecho, madre?

LEOPOLDO.—¿Tú estás loca, abuela?

CLARA.—¡Que nos pierdes!

AUGUSTO.—¡Que nos arruinas!

LEOPOLDO.—¡Que nos deshonras!

ANGELA.—(*Estupefacta, balbuceando.*)—
¿Qué os deshonro... yo... yo?

DIEGO.—Que no pueden vivir sin otra savia;
la suya se agotó.

AUGUSTO.—Quería dejarte en la santa credu-
lidad de tu posición y de tu fortuna, pero ya
no puede ser. ¡Estamos arruinados, madre!

CLARA.—¿No lo sabes?...

LEOPOLDO.—¿Pero no lo sabes?...

AUGUSTO.—¡La ruina!

CLARA.—¡La pobreza!

LEOPOLDO.—¡La miseria! ¡La deshonra para
nosotros, abuela! ¡Y eres tú quien la trae!

CLARA.—¡Tú, abuela!

AUGUSTO.—Este quiere sus partijas; es natu-
ral... De treinta que dejó el abuelo, quedan en
quince. Yo he de pagar sesenta mil duros...
Nos quedan, malamente, ocho mil de renta, si

Constanza no pide su parte. Y añade que es
preciso vender en condiciones deplorables.
Ahora tú dirás lo que eliges...

ANGELA.—(*Espantada, sin poder hablar.*)—
Yo... yo...

AUGUSTO.—Encaminala de nuevo a esa boda...

LEOPOLDO.—Que es la salvación.

CLARA.—¡La salvación de todos!

DIEGO.—Y el amor. No lo cuentan...

AUGUSTO.—Cuando, después de todo, no hay
motivo grave ni leve para oponerse... o hun-
dirnos. Escoge pronto, madre, escoge, que la
hora apremia.

LEOPOLDO.—¡Y hay que vender las tierras!...

CLARA.—Y el palacio.

AUGUSTO.—Y avergonzarnos, humillarnos...

LEOPOLDO.—Tú no lo puedes consentir, abue-
la, si es cierto que quieres a los tuyos y a tu
nombre.

CLARA.—Constanza va encantada; pero, aun-
que fuese un sacrificio, debías imponérselo...

AUGUSTO.—¡Sálvanos, madre!

LEOPOLDO.—¡Sálvanos!

ANGELA.—Yo... yo...

AUGUSTO.—Y si te niegas, será muy doloro-
so ir contra ti...

DIEGO.—(*Cogiendo a Augusto y a Leopoldo.*)
¡Basta ya! Habéis sido bien duros; no seáis ahora crueles insistiendo.

AUGUSTO.—Piénsalo, madre....

LEOPOLDO.—Piénsalo, abuelita... Las cosas son como son, y es inútil el estrellarse en un prejuicio...

CLARA.—(*Haciéndole una caricia.*)—Perdónanos, abuelita, si te dijimos algo desconsiderado; pero era preciso que lo supieras...

ANGELA.—(*Como atontada; embrutecida por el golpe.*)—Yo... yo...

LEOPOLDO.—(*Llevándola imperiosamente.*)—¡Clara!

DIEGO.—(*Llevándose a Leopoldo y a Augusto.*)—Dejadla; ahora no os podrá contestar, que hasta la voz le falta y le falta el ánimo, de espanto, de angustia y de asombro que hay en ella. Si el que da el golpe supiera el dolor que da, vosotros mereceríais algo muy tremendo...

AUGUSTO.—¿Qué mereceríamos?

DIEGO.—Algo implacable...

LEOPOLDO.—Acaba, ¿qué?

DIEGO.—Algo que fuera una expiación definitiva...

CLARA.—¿El infierno?...

DIEGO.—Peor que eso todavía. Mereceríais la pobreza.

LEOPOLDO.—¡Tío Diego!

DIEGO.—Dejadla, dejadla ahora...

(*Llevándose los. Mutis, Diego con Leopoldo y Augusto. Clara les sigue por el foro.*)

ESCENA XIII

ANGELA y DON INOCENCIO

DON INOCENCIO.—Hemos debido explicarnos mal la voluntad del cielo.

(*Pausa.*)

Sus designios llevan un sendero oscuro, por la torpeza de los mortales... ¡Señora duquesa!...

(*Asustado al ver que la mira espantada.*)

¡Señora duquesa!... Repóngase... no desfallezca ante el golpe... Quizás Dios sea servido

de engrandecer la casa de Azaral con esta alianza... Y ese señor Ismael me parece...

(Espantado.)

¡Señora duquesa!... ¡No, a mí no me parece!...

¡Señora duquesa!

ANGELA.—Yo... yo...

DON INOCENCIO.—¿Por qué no llora un poco... si puede? Eso le haría bien, señora duquesa... Constanza... Constanza... ¡Mire que viene doña Constanza!

(Don Inocencio se retira unos pasos y Angela se vuelve, lenta, mirando fijo hacia la derecha. Pausa.)

ESCENA XIV

DICHOS; CONSTANZA, por la derecha

CONSTANZA.—¿Abuela?... ¿Qué te pasa, abuela?...

ANGELA.—Yo... no tenía... razón... ¡Yo... no!

CONSTANZA.—¿En qué, abuelita de mi alma?... ¿En qué reconoces tú haberte engañado?...

ANGELA.—¡Yo... no!

CONSTANZA.—¿Pero en qué... en qué?... ¿En qué, don Inocencio? ¿En qué se engañó?

INOCENCIO.—En la vida.

(Interpretando el ademán de Angela.)

Y en usted.

CONSTANZA.—¿En mí?...

ANGELA.—Consiento...

CONSTANZA.—¿Qué dices?

ANGELA.—Consiento...

CONSTANZA.—Pero, ¿en qué, en qué?... ¡Habla, abuela, habla, que tus palabras son de paz, pero tu gesto es de agonía! ¡Habla!

DON INOCENCIO.—Que meditó mejor su resolución, que no quiere violentar los afectos de usted...

CONSTANZA.—(A Angela.)—¿Es eso?...

DON INOCENCIO.—Y que si el amor de usted a Ismael es muy grande, la señora duquesa de Azaral bendecirá ese amor, para que Dios lo bendiga también.

CONSTANZA.—¿Es eso?... ¡Dilo tú, abuela!

ANGELA.—Consiento... sí.

CONSTANZA.—(*Muy alegre.*)—Gracias, abuela, gracias. ¡No sabes tú lo dichosa que soy ahora! Una vez más te debo mi felicidad... ¿Me dejas decirselo a padre?...

(*Marchándose por el foro.*)

¡Padre!... ¡¡Padre!!... ¡¡¡Padre!!!...

ANGELA.—(*Al mismo tiempo marchando por derecha, muy lento.*)—¡Señor!... ¡¡Señor!!

(*A mitad del camino tiene un momento de debilidad física y se apoya contra un mueble.*)

DON INOCENCIO.—(*Apresurándose a sostenerla la coge de un brazo.*)—Animo, señora duquesa.

ANGELA.—(*Irguiéndose altanera.*)—¡No necesito de nadie para sostenerme. Es mi voluntad que se casen... y en ella me obedecen.

(*Mutis Angela.*)

DON INOCENCIO.—Tu bondad es inagotable,

infinita, inmensa... pero los medios de que te vales, Señor, desconciertan mi pobre espíritu...

(*Queda inmóvil. Pausa.*)

ESCENA XV

DON INOCENCIO: DIEGO, por la izquierda

DIEGO.—Cura... El mundo está mal hecho, mal organizado.

DON INOCENCIO.—Ya lo sé.

DIEGO.—Y el cielo... el cielo está muy lejos.

DON INOCENCIO.—Eso no lo sé.

DIEGO.—Te lo digo yo.

DON INOCENCIO.—No me basta...

DIEGO.—Algún día lo sabremos. Si lo sabemos, tienes tú razón; si no sabemos nada, la tenía yo.

DON INOCENCIO.—Bueno, bueno.

DIEGO.—¿Ya escapas?... Hoy era un gran día para estar serio, pero no lo consigo. ¡Y cuidado que lo procuro!... ¡Reconóceme esa buena intención!

DON INOCENCIO.—Sí, señor.

DIEGO.—Pero yo no tengo la culpa de que las cosas más graves presenten tantos aspectos ridículos...

DON INOCENCIO.—Dispense que le abandone un momento. Ya tiene quien le acompañe...

(Mutis don Inocencio por la derecha.)

DIEGO.—Decírselo a éste o decírselo a otro, para mí es igual. La cuestión es decírlas.

ESCENA XVI

DIEGO; ISMAEL, por la izquierda

ISMAEL.—¿Y las señoras?... Quisiera despedirme. Ahora ya puedo hacerlo impunemente...

DIEGO.—¿En qué consiste la impunidad?

ISMAEL.—En saber que no les molesta: ¡al contrario!... Disimularán su regocijo, viéndome acercar a ellas humillado, vencido...

DIEGO.—¿Qué dices?...

ISMAEL.—Constanza me rechazó.

DIEGO.—¿Qué dices, Ismael?

ISMAEL.—Ella. Fundida con los suyos, dominada por los suyos, pero ella sola me rechazó.

DIEGO.—Sin embargo, a ti te consta lo mismo que a mí, que Constanza te quiere.

ISMAEL.—Sí. Pero en los seres débiles todo es debilidad; se amoldan como cera a la mano que los oprime, y el valor que demuestran en algunas ocasiones no está hecho de valor, sino de miedo. Me quiere, pero no lo bastante para compensar riñas y enojos...

DIEGO.—¿Y si cediera por bondad?...

ISMAEL.—¿En holocausto?... No poetecemos. Ese asunto ha concluido y usted me obligará no recordándomelo. Desde el momento en que es decisión de ella, se concluyó.

DIEGO.—¡Eres un hombre de mucha suerte, Ismael! Cuando no consigues tus deseos te pones al lado el desquite.

ISMAEL.—¿Hoy también?

DIEGO.—También. El tío Sebastián ha dejado por herederos a la Beneficencia y a los hospitales; a éstos y a mí, unos legados. Si tú riñes con ellos, y naturalmente no lleváis a cabo esas operaciones financieras, el derrumbamiento de la casa de Azara! es inmediato. ¡Un

día épico, Ismael! Por la mañana, poesía; por la tarde, una comedia trágica, y de noche una epopeya, en que el destino es vencedor y los Fuentioñoros se desquician, se derrumban y se odian. *¡Ave, Ismael, morituri te salutam!*

ISMAEL.—En todo ese puñado de verdades hay un error sólo: el que a mí se refiere. Yo no reñiré con ellos, Diego; yo no esquivaré mi concurso, Diego; Diego, yo cumpliré mi palabra.

DIEGO.—¿Y les facilitarás?...

ISMAEL.—Cuanto dije y como dije, y en el plazo que lo he dicho. El plebeyo se consideraría deshonorado si negaba sus compromisos porque le estorbaran sus amores. ¡No! Mi palabra tienen. Mi palabra cumpliré.

DIEGO.—¡Ismael!!

ISMAEL.—¿Qué?

DIEGO.—(*Solemne.*)—¡Ismael! Tú mereces que yo te tutee.

ISMAEL.—(*Sonriendo.*)—Gracias.

DIEGO.—¡No te ofrezco más, porque ahí se terminan los ofrecimientos que estoy seguro de cumplir! ¡Pero eso sí, te tutearé toda la vida!

ISMAEL.—Gracias.

ESCENA XVII

DICHOS; CONSTANZA por el foro, en donde queda apoyada en la puerta y sonriente

DIEGO.—(*Que ve a Constanza, sonriendo.*)—Aguarda aquí para despedirte. Yo tengo prisa de no sé qué, però tengo prisa.

ISMAEL.—Volveré...

DIEGO.—(*Deteniéndole.*)—Aguarda, que ahora llega a ti el Sol...

ISMAEL.—¿El Sol?...

DIEGO.—La Samaritana...

ISMAEL.—¡Constanza!

DIEGO.—¡Quién sabe de qué será mensajera!...

ISMAEL.—(*Cogiendo ansioso a Diego; a media voz.*)—Falló la herencia del tío Sebastián. Constanza viene como cebo de la codicia de ellos. No la trae la bondad, la trae la ruina, y yo soy el filón que explotan. ¡No quiero!

DIEGO.—Nunca te importó lo que pensaron los demás... Constanza, ¿es lo que tú quieres?... ¿Qué te importa ahora todo lo que no sea Constanza misma?... Aguarda.

ISMAEL.—No.

DIEGO.—En este minuto estás contradiciendo tu vida. Y además, sería injusto que hicieras responsable a Constanza, que lo ignora todo.

CONSTANZA.—(*Risueña; gozosa.*)—Ismael...

DIEGO.—(*Deteniéndole.*)—¿Tienes miedo?... Para eso no valía la pena de proclamarse fuerte y luchador. Aguarda.

(*Mutis Diego por la izquierda.*)

ESCENA XVIII

CONSTANZA e ISMAEL

CONSTANZA.—¡Ismael!...

(*Avanzando lenta.*)

Ya no hay obstáculo en nuestro camino. Dejan libre mi decisión; ¿quieres volver a preguntar lo que antes no me dejaban responder?...

ISMAEL.—No...

CONSTANZA.—Que no, dijiste; pero mi cariño no se paga de palabras, que el rencor las empuja y el viento las llevará... Y otra vez te digo, como si a la primera no hubiese contes-

tado: ¡Ismael!... ¡Ismael!... ¡Libre dejaron mi decisión! Pregunta, que a responderte vienen.

ISMAEL.—Ya sé por qué te inclinan ahora; pero yo no soy juguete de ellos.

CONSTANZA.—Más que yo sabes... pero me da el corazón que aún sabes menos.

ISMAEL.—Quizás...

CONSTANZA.—Porque de ti y de mi no sabes nada. Me llamaste débil porque obedecí al influjo de los míos, de los que son mi familia, mi sangre, mi cariño de toda la vida; y tú, que ibas a destrozarlos y a vencerlos, estás indeciso y alejado de mí por lo que piensen o dejen de pensar los que ni siquiera son tuyos.

ISMAEL.—¡Constanza!...

CONSTANZA.—¿Y eres tú Ismael de la Peña? ¿Mis ojos ven claro creyendo que eres tú el fiador de tu propia voluntad y el que no cuenta sus enemigos?... ¿Qué amparo me brindabas si para ti no tienes un arranque?

ISMAEL.—¿Sabes por qué te dejan venir a mí?... Por mi fortuna.

CONSTANZA.—¿Sabes por qué me dicen que vienes tú?... Por mis blasones.

ISMAEL.—¡Mentira!

CONSTANZA.—Pon mentira en lo mío también

y ya hemos apartado, de una manotada, todo lo que es de los demás, y volvemos a quedar solos tú y yo para resolver lo que al fin y al cabo es únicamente tuyo y mío.

ISMAEL.—¡Constanza!

CONSTANZA.—Pregunta, Ismael, pregunta, que están propicios a responderte.

ISMAEL.—¿Me quieres, Constanza?

CONSTANZA.—Te quiero, Ismael. Y cuando vengo a ti...

ISMAEL.—¿Ya has venido?... Calla, que el resto no tiene valor.

CONSTANZA.—Nosotros se lo daremos.

ISMAEL.—¡Calla! Tú a decirme que me quieres, solamente a eso, que con eso todo lo resolveremos, sabedores ya de que la familia, la Raza, el mundo, para nosotros, somos nosotros dos. Lo demás no es nada.

CONSTANZA.—Te quiero, Ismael...

ISMAEL.—Te quiero, Constanza de Fuentenoro...

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

FLOR DE LOS PAZOS

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el TEATRO LARA, el día 13 de Abril de 1912